

Sumar, de Diamela Eltit: renovadas tecnologías del poder en el preámbulo de la IA

María de los Ángeles Romero

Dirección General de Educación Secundaria

Recibido: 7/10/2024
Aceptado: 18/10/2024

Resumen

Diamela Eltit ha hecho de su trayectoria escritural un compromiso con la historia chilena y, junto a ella, la de toda Latinoamérica, particularmente la del Cono Sur, escenificando lo que fue el abuso de poder dictatorial subvertido en nuevas formas de significación que persisten en el tiempo, metamorfoseándose en políticas de dominación renovadas por las nuevas tecnologías, pero no por ello menos controladoras. La novela *Sumar* (2018) presenta una «realidad» desplazada que hace foco en los márgenes y sus interacciones hacia el interior de la comunidad marginada, en los vínculos siempre tensos y distantes con los de la autoridad. Este artículo intenta una lectura de la novela de la escritora chilena bajo la perspectiva teórica de Foucault y Rancière, en procura de iluminar posibilidades hermenéuticas centradas en las estrategias tecnológicas que asume el poder en la actualidad.

Palabras clave: novela chilena; poder y tecnología; literatura y política; Diamela Eltit; narrativa latinoamericana del siglo XXI.

Sumar, by Diamela Eltit: Renewed Technologies of Power in the Preamble of AI

Abstract

Diamela Eltit has made her writing career a commitment to Chilean history, and along with it that of all of Latin America, particularly that of the Southern Cone, staging what was the abuse of dictatorial power subverted into new forms of meaning that persist over time, metamorphosing into policies of domination renewed by new technologies, but no less controlling. The novel *Sumar* (2018) presents a displaced «reality» that focuses on the margins and their interactions within the marginalized community in the always tense and distant ties with those of authority. The objective of the article attempts a reading of the Chilean writer's novel from the theoretical perspective of Foucault and Rancière, seeking to illuminate hermeneutical possibilities focused on the technological strategies that power currently assumes.

Keywords: chilean novel; power and technology; literature and politics; Diamela Eltit; Latin American narrative of the 21st century.

Sumar, por Diamela Eltit: renovadas tecnologias de poder no preâmbulo da IA

Resumo

Diamela Eltit fez de sua carreira de escritora um compromisso com a história chilena e, com ela, a de toda a América Latina, especialmente a do Cone Sul, dramatizando o abuso de poder ditatorial subvertido em novas formas de significação que persistem ao longo do tempo, metamorfoseando-se em políticas de

dominação renovadas pelas novas tecnologias, mas não menos controladoras. O romance *Sumar* (2018) apresenta uma «realidade» deslocada, que foca nas margens e nas suas interações dentro da comunidade marginalizada, nos vínculos sempre tensos e distantes com as figuras de autoridade. Este artigo propõe uma leitura do romance da escritora chilena sob a perspectiva teórica de Foucault e Rancière, procurando iluminar possibilidades hermenêuticas centradas nas estratégias tecnológicas que o poder assume atualmente.

Palavras-chave: romance chileno; poder e tecnologia; literatura e política; Diamela Eltit; narrativa latino-americana do século XXI.

A medida que la necesidad se encuentra socialmente soñada,
el sueño se vuelve necesario.

La sociedad del espectáculo, GUY DEBORD

Introducción

Los controles sociales exacerbados por el crecimiento exponencial de la tecnología redimensionan, en la actualidad, los alcances casi ilimitados del poder. Como ya lo advertía Foucault (2012), la modalidad disciplinaria implica un despliegue de dispositivos de diferente índole, técnica y procedimiento, que posibilitan el control panóptico de la sociedad con el fin de mantener su disciplinamiento.

En diferentes épocas, las formas que asume el poder, y junto a él los mecanismos de control que garanticen su eficacia, van amoldándose a las metas que se aspiran. Por este motivo, Foucault se refiere tanto a aquellos rituales escenificados en los templos o en los circos en que la multitud podía acceder al decurso del espectáculo en la locación designada a tal fin, y cuyo centro captaba la atención de los observadores a instancias del poder de turno, como al proceso modernamente inverso que reubica al individuo como objeto de atención y control, reteniéndolo en un dispositivo arquitectónico apropiado para lograr su observación individual. Desde ese lejano ritual masificado hasta la clásica visión panoptista, han transcurrido siglos de mutantes formas de sujeción.

La metamorfosis del panóptico ha llegado a extremos impensables en los últimos años. Como toda novedad, la inteligencia artificial (IA) ya eficazmente instalada, atemoriza, a la vez que soluciona la demanda de inmediatez que urge en estos tiempos de celeridad inusitada. La información requerida está a un *clic* de las urgencias cada vez más demandantes, en un mundo de consumo voraz de materiales e información. Este binomio forma parte de las redes invisibles del poder del mercado (o el mercado y el poder), que inevitablemente nos condicionan a diario. Más allá de los planteos éticos que el avance y el uso de la inteligencia artificial conlleva, se plantea una gran disyuntiva sobre el sentido último de la inteligencia real, que sabemos adormecida y laxa en el pensamiento contemporáneo, junto con la inconsciente entrega de lo que es nuestro patrimonio exclusivo como humanidad.

En este artículo se presenta la sobredimensión que el poder fue adquiriendo progresivamente, valiéndose del conocimiento que la propia humanidad ha ido proporcionando a las máquinas, emulando las conexiones neuronales que el cerebro humano en su proyección natural brindó inconsciente e ingenuamente, para que la IA hoy sea una realidad posible. Seguramente en el momento que la novela de Eltit vio la luz, el abismo actual que abre esta nueva herramienta tecnológica no era visible aún. Pero la vertiginosidad de los cambios ya evidenciaba la revolución que se produciría a un par de años de distancia, y que la escritora chilena sagazmente incluye como un mecanismo de control individual en su novela.

Michel Foucault, en su monumental investigación en torno a la evolución de la vigilancia y el castigo en las sociedades occidentales, publicada por primera vez en 1975, tiene, entre otros, el objetivo de estudiar las metamorfosis de los métodos punitivos en la historia de la humanidad, donde el núcleo común de las relaciones de poder está en íntima vinculación con el objeto material sobre el que se ejerce el dominio. Según lo advierte, la «tecnología política del cuerpo» constituye una de las formas de sujeción que tienen al hombre como objeto y constructor de saber. Es una «tecnología difusa» que se compone de fragmentos y que, a pesar de la coherencia de los resultados, se sostiene en una «instrumentación multiforme» (Foucault, 2012, pp. 36-37).

El tipo de conocimiento que aportan estas tecnologías a lo largo del tiempo no es fácil circunscribir; por más que recurra y utilice los aparatos estatales para su organización, no es posible, según el filósofo, adjudicarlas a un tipo particular de institución, sino que los organismos se valen de los efectos generados por la propia mecánica de su puesta en funcionamiento. Se trata de «una microfísica del poder que los aparatos e instituciones ponen en juego» (p. 37), y cuya validez se encuentra en el mismo funcionamiento de las tensiones y fuerzas dinámicas de la materia. Es claro que el poder produce saber, y que ambos se implican y condicionan mutuamente a lo largo de la historia, más allá de todas las variantes que ha tenido el conocimiento y, en consecuencia, las formas de poder. Porque

no es la actividad del sujeto de conocimiento lo que produciría un saber, útil o renuente al poder, sino que el poder-saber, los procesos y las luchas que lo atraviesan y constituyen, son los que determinan las formas y los dominios posibles del conocimiento (Foucault, 2012, p. 37).

En esta dialéctica de poderes y saberes, los avances tecnológicos vinculados al almacenamiento y procesamiento de datos durante décadas han hecho posible la IA tal como la conocemos hoy. Siguiendo las prerrogativas foucaultianas, esta es, en última instancia, una de las formas de conocimiento generada gracias a la acumulación inmensa (y, por qué no, infinita) de poderes-saberes algorítmicos, resultantes del devenir histórico de fuerzas acumuladas, puestos a disposición de uso con fines y objetivos que traspasan cualquier capacidad especulativa meramente humana.

Se propone aquí una hermenéutica que analiza el lugar de dominación que las nuevas tecnologías le aportan al poder para controlar a las multitudes pobres de la sociedad chilena en la última novela de Diamela Eltit, *Sumar* (2018). Como un reflejo simbólico del panoptismo foucaultiano, queda subvertido el orden tradicional de la historia en un movimiento centrípeto —en la novela se articula desde los márgenes y la marginalidad— de una marcha de vendedores ambulantes que converge y se dirige hacia el centro mismo del poder, representado en la emblemática moneda que recorre como *leit motiv* toda la historia. La escritora chilena presenta el trayecto a cielo abierto de una multitud que, como en tantos giros de la historia de los países latinoamericanos, y particularmente en Chile, se dirige física y metafóricamente hacia el centro físico de las inequidades, soportando con estoicismo la intimidante vigilancia encubierta ejercida desde la invisibilidad tecnológica, por lo que la apertura del espacio físico queda paradójicamente obliterada.

No es la primera apuesta de Eltit para exponer el vínculo estrecho entre el poder y el mundo virtual. En la novela *Fuerzas especiales* (2015), la presencia de los juegos electrónicos es concomitante a la interacción de los personajes con las fuerzas del orden. Como si de un juego cibernético se tratara, la vida y los destinos de los habitantes del edificio monolítico donde transcurre la historia están sujetos a los sucesivos niveles de dificultad, y el material de ataque explosivo que en cada pasaje de pantalla va combinando realidad y virtualidad en la trama.

Una historia siempre vigente

El proyecto escriturario de la escritora chilena, que se inicia en la década de los ochenta, en pleno período dictatorial de Augusto Pinochet, con *Lumpérica* (1983), tiene la cualidad de mantener vigente un compromiso ideológico consecuente en todo su trayecto cultural como pocas veces se ve en la literatura contemporánea. Eltit utiliza el término *artesanal* en diferentes entrevistas recopiladas en textos y prensa para definir su *poiesis*, haciendo gala de una libertad creativa que no se somete a las demandas del mercado. Fluctuando entre la novela, el ensayo crítico y el periodismo, su obra destaca por la abundante producción, y por poseer una contundente coherencia estética y programática que tiene como eje las desigualdades e injusticias que desencadena el poder y los estragos de la economía neoliberal, que constituye a los sujetos en productos funcionales de los vaivenes del mercado, siempre bajo la centralidad discursiva de voces femeninas.

Casi cuatro décadas después de la iniciática *Lumpérica*, Eltit mantiene *aggiornada* la formulación recurrente de su narrativa en la novela *Sumar*, que recibió el Premio José María Arguedas en 2020, otorgado por Casa de las Américas. La historia, signada por voces antiguas que se corporeizan en la actualidad, fundada en un binomio simbólico-real, articulando materia y tiempo, ensambla y da unidad a la trama.

El binomio cuerpo/poder que transita toda su novelística, y particularmente la que nos ocupa, puede ser analizado tal como lo propone en su investigación Laura Scarabelli (2020), bajo el eje temporal pasado/presente y en la dinámica oximorónica ausencia/presencia.

Es posible pensar esta novela como una de las formas que asume el realismo en el siglo XXI, y que llamaremos en este caso «realismo simbólico». No se trata de emular el aspecto mimético del realismo clásico, sino de dimensionarlo en su matriz interpelante de la realidad, en la representación de la sociedad y sus luchas atemporales contra las arbitrariedades del poder. Es un realismo al mismo tiempo simbólico, porque las tragedias personales del pasado se funden con las historias particulares del presente, adquiriendo visos de universalidad. Son el eco interminable de reclamos, violencias y atropellos de los que se inviste el poder hegemónico a lo largo de la historia de nuestros pueblos.

El filósofo Jacques Rancière (2009), en *El reparto de lo sensible. Estética y política*, reflexiona sobre la capacidad de los enunciados literarios de «tomar cuerpo», generando efectos de realidad en lugar de ser sus reflejos, en el sentido que le otorgaba el realismo tradicional. Lo empírico, argumenta, lleva las marcas de la realidad en la vivencia que ha dejado sus huellas experienciales, en tanto que lo poético nos muestra huellas «inscritas en la misma realidad y el artificialismo que monta máquinas de comprensión complejas» (Rancière, 2009, p. 47). Afirma, a partir de ello, que los enunciados literarios ejercen efectos concretos sobre la realidad, reconfigurando así el mapa de lo sensible que se hace visible por la propia capacidad de ser decible, concluyendo que «el hombre es un animal político porque es un animal literario, que se deja desviar de su destino ‘natural’ por el poder de las palabras» (Rancière, 2009, p. 50).



Fig. 1. Diamela Eltit

Sumar: la rebelión encolumnada

En *Sumar*, el motivo central de la narración gira en torno a una marcha que vendedores ambulantes y distintos grupos sociales emprenden hacia la Moneda. El elemento simbólico se inscribe en la referencia espacial que alude al edificio gubernamental chileno, pero que, repetido obsesivamente a lo largo del relato con el registro gráfico en minúsculas, confiere otra dimensión al significante, trascendiendo la nominación que particulariza a la construcción arquitectónica chilena como recinto de la autoridad. Representa también a la moneda como símbolo del poder económico, la marca distintiva del mercado que adquiere distintas funcionalidades semióticas, ya sea como objeto físico de intercambio, como lugar de enfrentamientos, como reclamo, como sumisión al poder económico o como corrupción. Este símbolo recurrente atraviesa todo el recorrido de la marcha y es, al mismo tiempo, objetivo final del trayecto de los ambulantes.

La polisemia del título, característica de la obra de Eltit, habilita también distintos significados. Por un lado, refiere a la suma de personas que integran el innumerable peregrinaje que supone la marcha, pero también refiere a la suma de reclamos de los distintos sectores sociales que se han acumulado a lo largo de la historia de Chile, y podríamos agregar de toda Latinoamérica, durante décadas.

Pero la primera inferencia se encuentra en el epígrafe de la novela. Allí se reproduce una carta fechada el 15 de octubre de 1973, enviada por Santiago Villarroel al jefe de la guarnición militar correspondiente, solicitando conocer el paradero de su hija Ofelia Rebeca Villarroel Latín después de que fuera arrestada en la industria textil Sumar el 20 de setiembre de ese año. Ofelia fue una de las miles de jóvenes detenidas desaparecidas durante la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990). Esta carta que abre la novela aporta el impacto

del dato real, las palabras conmovedoras de un padre que suplica conocer dónde están los restos de su hija, que ya sabe ha sido asesinada en una fábrica cuyo nombre también da título a la historia, inserta al lector en una conmovedora situación que funde el pasado y el presente junto a la historia y la ficción.¹

La voz femenina que emerge de la historia, Aurora Rojas, preside la narrativa de esta procesión de cuerpos nómades, agobiada por los sueños convulsivos que dan inicio a la novela y de este modo, reconociéndose parte de ese todo orgánico que la involucra. Aurora se define a sí misma: «Fui una vendedora ambulante entre muchas, en las calles más alejadas de la moneda» (Eltit, 2020, p. 22).

Dos mujeres, las dos llamadas Aurora Rojas, abren la historia: una que narra y constantemente tiene caóticas visiones sobre el incendio y la desintegración de la moneda, entre otros eventos catastróficos planetarios, y otra que sufre en su cuerpo dolores invalidantes; ellas ocupan el centro inicial del relato. Entre el agotador sufrimiento de una y la energía pletórica de la narradora, transcurre el inicio de la marcha que irá creciendo a cada paso.

Esta marcha, que recorrerá «doce mil quinientos kilómetros» a realizarse en «trescientos setenta días exactos» (Eltit, 2020, p. 11),² es el motivo que las congrega. Existe la convicción compartida por la masa humana que deambula por las calles de la capital, cuyo objetivo común es llegar a la moneda, que su realización es absolutamente necesaria. Aurora Rojas nos informa sobre el motivo: «Porque necesitamos torcer el tiempo para disponernos a vivir» (Eltit, 2020, p. 18).

La disposición a vivir parece resumir el anhelado derecho humano de existir con dignidad. Tal vez la carga más pesada que agobia a esta masa sea la de sentirse ignorados por quienes deciden y determinan sus condiciones de vida, negándoles, con silencio y desprecio, el derecho de ocupar un lugar en el mundo.

Su gestación fue imprevista; la noticia de su inicio «creció con la potencia y la velocidad de una navegación virtual de última generación. ¿Cuál generación? No lo sabemos» (Eltit, 2020, p. 23). Como es habitual en su narrativa, la ambigüedad discursiva encierra distintas capas interpretativas y juegos semióticos que, en este caso, instalan la vigencia del pasado en el presente; el devenir generacional siempre circunscribe una constante, la vigencia de la fuerza y el fervor del pueblo que conserva «íntegra su intransigencia sostenida por la inamovible historia de la rabia» (Eltit, 2020, p. 30).

Hacerse visibles corporalmente parece ser la única manera de enfrentar o intentar enfrentar al poder. Los cuerpos se hacen presencia, en tanto que las tecnologías usadas para el control permanecen ocultas en el anonimato de lo no visible. La vigilancia se patentiza en el sobrevuelo de los drones que monitorean la marcha, o en la «nube» que los observa y registra sus movimientos sin que sean plenamente conscientes de ello. Las nuevas tecnologías son parte de las formas proteicas que asume el poder, siempre omnipresente. La constante actividad de los drones y las continuas referencias a la nube que lo contiene todo y que lo conoce todo, por momentos sume a los personajes en el agobio paranoico del control al que se ven sometidos.

Existe una nube que se expande agobiada por la omnipotencia de su captura. Parece invisible aunque porta una materialidad abrumadora. Una nube inubicable para nosotros. Está radicada arriba o abajo o entre los intersticios de un subterráneo (...). La nube es una cifra inmensa (aun en el paroxismo de su parquedad) que se apodera de la suma de nuestros movimientos (Eltit, 2020, p. 10).

Giorgio Agamben (1998), en el contexto de los estudios biopolíticos y continuando la línea iniciada por Foucault, hace uso del término *zoē* para referirse a la vida biológica de todos los seres vivos en oposición a *bios*, es decir la forma de vida que asumen los individuos en la comunidad. Llama la atención del filósofo cómo la vida nuda, la biológica, fue ganando importancia y particular interés en el mundo de la política a partir de la modernidad (Agamben, 1998, p. 4). Tanto lo individual como lo grupal se transformaron paulatinamente en

¹ Entre 1973 y 1989, en Chile se escribieron miles de cartas con el fin de obtener datos del paradero de familiares, pedidos de libertad para algún prisionero, solicitar la libertad de alguien detenido por falta de juicios, etcétera. El escritor Leonidas Morales recopiló y publicó algunas de ellas gracias a los archivos de organismos creados en esos años para la defensa de los derechos humanos y a la Vicaría de la Iglesia católica de Chile, que las preservaron. En su libro *Cartas de petición: Chile 1973-1989*, editado en el año 2000 por Cuarto Propio y prologado por Diamela Eltit, en la página 47 se encuentra la carta referida en el epígrafe de la novela.

² En una entrevista realizada por la cadena BioBio, la escritora chilena aclara que la referencia témporo espacial del evento ficcionalizado fue la Gran Marcha del Ejército Rojo en China, que recorrió esa distancia entre 1934 y 1935. Ver la entrevista en <https://www.youtube.com/watch?v=Ubr5W1wD8A>

entidades controlables y pasibles de reglamentación por el poder estatal. La politización de lo biológico convierte al individuo en objeto de especulación del poder del Estado, este define las normas que regulan la vida humana legitimando, mediante estados de «excepción», la injerencia de las decisiones políticas sobre la vida biológica. Cuando estos estados se institucionalizan y pasan a formar parte de políticas a largo plazo, se legitima el derecho de incidir sobre la libertad inherente a los sujetos físicos, avasallando los derechos individuales. El borramiento de las fronteras entre lo privado y lo público definió las biopolíticas de los Estados totalitarios en el siglo XX, y que se han visto exacerbadas en el XXI (Agamben, 1998, pp. 4-11).

Las marchas populares son una forma de rebelión contra el *statu quo*, un ejemplo más de los distintos modos que asume la resistencia popular ante la embestida del poder. Ellas resumen en su impronta la identificación de los sujetos que la componen y se agrupan dentro de esa comunidad itinerante. Uniendo voluntades en pro de una lucha por un bien común, los individuos que la componen parten de una «premisa» y no de una «promesa», como lo explicita el filósofo Paolo Virno, para quien

la multitud contemporánea (...) ocupa una región intermedia entre lo «individual» y lo «colectivo» (...) no se contrapone al Uno, sino que lo redetermina. (...) esta unidad ya no es el Estado, sino el lenguaje, el intelecto, las facultades comunes del género humano (Virno, 2003, pp. 25-26).

Es decir, en la sociedad contemporánea, la unidad de las multitudes radica en lo que es inherente al género humano prescindiendo de los poderes soberanos. Es así que se los debe pensar como «individuación de lo universal, de lo genérico, de lo común compartido» (Virno, 2003, p. 26).

En la organicidad de este tipo de manifestaciones, también existen fracturas. Eltit presenta las desinteligencias y contiendas internas de las que las luchas populares no están exentas. «Sabíamos que ya se había desencadenado una línea de desconfianza que se volvía peligrosa y amenazaba de muerte a la marcha» (Eltit, 2020, p. 117). La unidad es la mayor fortaleza para el grupo humano, que, consciente de ello, la busca desesperadamente sosteniendo la columna humana que la vertebra física y moralmente; para estos parias, «la única opción que queda es la marcha a la moneda» (Eltit, 2020, p. 128).

En contraposición al estatismo y la rigidez de las estructuras sociales hegemónicas, la movilidad de la marcha contrasta con la rigidez marmórea de la Moneda. Los cuerpos en movimiento dinamizan la vida y desestabilizan las estructuras ancestrales. Esos «cuerpos políticos» que, al decir de Foucault, son en sí mismos

el conjunto de elementos materiales y técnicas que sirven de armas, de relevos, de vías de comunicación y puntos de apoyo a las relaciones de poder y de saber que cercan los cuerpos humanos y los dominan convirtiéndolos en objetos de saber (2012, p. 38).

Cuerpos ausentes/cuerpos presentes

Es relevante la importancia que los cuerpos como sujetos materiales significantes poseen en la narración. La ausencia y/o presencia de la materialidad corporal se inserta en el relato desde el inicio.

La carta del padre dolido, reclamante, enfrenta al poder mediante una misiva con la certeza inexorable de que su hija fue asesinada en el contexto de represión inherente al período dictatorial pinochetista. El motivo es tener conocimiento del paradero del cuerpo de la joven. Desde su rol paterno, quien firma la nota —Santiago Villaroel— se planta con firmeza y respeto hacia la autoridad de turno. No deja lugar a la especulación sobre la existencia o no del asesinato, solo reclama su cuerpo desde la certeza del deceso. Mediante la palabra *reclamante* hace visible lo que el poder ha buscado invisibilizar.

Entre el emisor y el destinatario de la carta está el pedido mediado por la palabra: hay un cuerpo ausente en disputa. Una ausencia que se hace presente en la voz del padre que lo reclama, a sabiendas de que ya es un cadáver enterrado en el más vil de los anonimatos. Tan ausente como el cuerpo será la respuesta. Lo único que da vida a la joven desaparecida y certifica su existencia es la memoria persistente, sostenida por el dolor que determina su inagotable búsqueda.

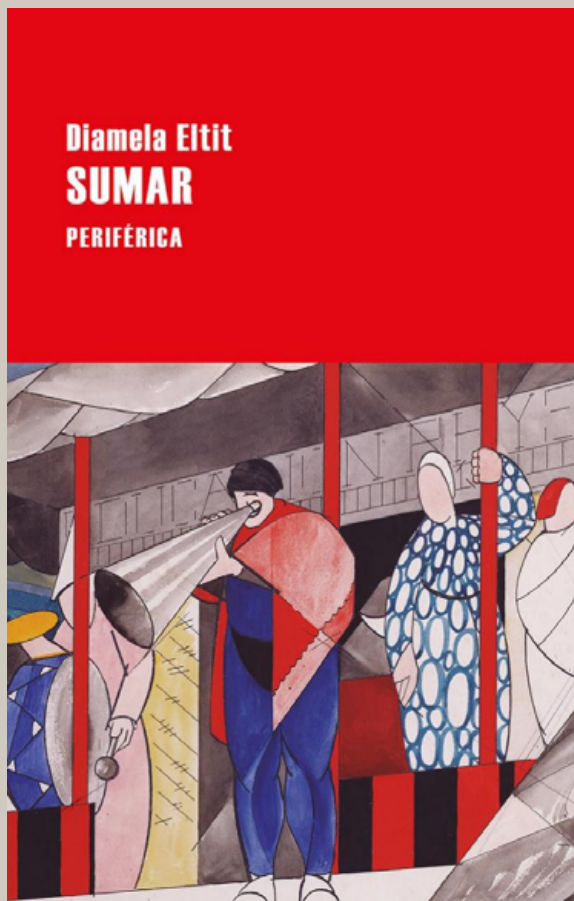


Fig. 2. Portada de *Sumar*

De igual modo, pero de forma inversa, en la marcha hay seres con vidas mutiladas que reclaman por una existencia plena. Los ambulantes están en cuerpo presente, reclamando incansablemente ser visibles desde su eterno anonimato. La marcha de los inexistentes responde al condicionamiento social, determinado por el lugar (o más bien, el no lugar) que se les ha asignado históricamente en la persistente inequidad social. Y escuchamos la voz de Aurora Rojas en la antesala de la marcha: «Soñaba y soñaba antes de emprender nuestro histórico reclamo ambulante, organizado en contra de la predestinación social que se dictaminó desde el centro mismo de la moneda» (Eltit, 2020, p. 15). Destino humano y poder político son algunas de las variables en juego, en esta diatriba contra la predestinación como norma impuesta desde los centros del poder.

En ambos casos, significativamente se resume un mismo concepto: el subalterno, el damnificado, el hombre común es el que se enfrenta al poderoso reclamando por aquello de lo que se lo ha despojado sin explicación alguna. Y aún más, a sabiendas de que este sea un pedido más que nunca llega a satisfacer el anhelo de justicia social e igualdad que los motiva. Es el enfrentamiento directo al poder hegemónico y autoritario; no hay en estos reclamos sumisión y resignación, aunque tanto el emisor de la carta o el que marcha intuyan de antemano que no habrá respuesta que contemple sus anhelos.

Somos cuerpos interdictos debido a la ilegalidad que nos han adjudicado. Pero así son las lógicas y las órdenes impuestas por los poderes de los nuevos mapas digitales que se transan de acuerdo a las categorías jerárquicas que les asignan al descontento» (Eltit, 2020, p. 19).

El avance tecnológico no ha significado un cambio de paradigma del pensamiento estigmatizante; la digitalización permite aún más precisión para establecer categorías humanas imponiendo espacios, en que los más frágiles son los más perjudicados «un lugar humillante y casi imperceptible, el último de todos» (Eltit, 2020, p. 19), es el que corresponde a los ambulantes que reclaman el derecho de subsistir.

Con toda lucidez, Aurora y la columna humana en movimiento son conscientes de que este es el único camino que les queda. El hoy vivifica metonímicamente la sumatoria de marchas y reclamos históricos,

la suma de vidas que se movilizan y movilizaron en el eterno deambular de los que no gozan de privilegios sociales.

Pero ahora, en este presente auténtico, estoy en la calle, despierta y ansiosa. Despierta y lúcida. Incremento la marcha a la que nos sumamos, nosotros, los vendedores ambulantes (chilenos). Una marcha múltiple, la más numerosa del siglo xxi. (...) Es que ya estamos absolutamente cansados de experimentar toneladas de privaciones. Hasiados de los golpes que nos propinan las oleadas de desconsideración y desprecio (Eltit, 2020, p. 17).

En esta peregrinación, Eltit conjuga distintos momentos históricos del país, no solo el de las marchas reivindicativas de diferentes grupos sociales en las últimas décadas, sino también rescatando los nombres de antiguos dirigentes sindicales anarquistas y feministas de principios del siglo xx que la historia fue sepultando en el olvido.³

Junto a ellos, representantes políticos, acontecimientos chilenos y de toda la humanidad se entremezclan con datos del presente, e incluso de hechos posteriores al momento de creación de la novela. Al deconstruir las coordenadas espacio temporales de la narración, como señala Scarabelli (2020), Eltit hace posible la figuración de la sinergia movilizadora que alimentan las protestas contra la inequidad social en este peregrinaje de parias, al mismo tiempo que el eterno presente de las marchas difumina las temporalidades.

Las metamorfosis del poder

Sugestivamente, el edificio que representa el poder gubernamental chileno es La Moneda, centro del poder hegemónico y, al mismo tiempo, lugar al que se dirige la marcha en busca de reivindicaciones de justicia social. Los ambulantes reclaman su derecho a tener un lugar en la vereda para vender sus mercaderías, un espacio físico público donde poder ganar la moneda que les permita subsistir y que se les ha quitado.

La moneda se dimensiona como símbolo del poder económico, la marca distintiva del mercado, razón por la cual el registro gráfico siempre es realizado como un sustantivo común en el uso de minúsculas y no como nominación particular del edificio gubernamental. Tiene distintas funcionalidades semióticas: como objeto físico de intercambio, como una forma de dominación, como objeto y/o lugar de enfrentamientos, como reclamo, como sumisión y corrupción; atraviesa todo el recorrido de la marcha y de la novela desde el inicio en los sueños vívidos de su protagonista. En uno de ellos, Aurora ve el incendio del edificio, deritiéndose peligrosamente, para emerger luego desde su propia ignición, de forma más violenta y destructiva, para transformarse en una moneda más vengativa, provocando una fuerte conmoción en su cuerpo y espíritu.

Para la Scarabelli, el espectro de la Moneda en llamas es el «ícono metonímico de la alianza entre dictadura y mercado y del definitivo derrumbe de las ideologías», inaugurando un espacio «normado hasta el paroxismo, marcado por el flujo del dinero», un espacio donde la exclusión de grandes sectores de la población, la de los más débiles, es la norma (2020, p. 277).

El poder también entra en disputa entre los integrantes de la peregrinación. A pesar de que la unidad del grupo es presentada como la única esperanza, no hay aquí una propuesta romantizada de la lucha social, en tanto que se la presenta expuesta a las diferencias y suspicacias propias de los seres humanos.

³ Los nombres de algunos personajes que desempeñan roles protagónicos en la marcha, por ejemplo, la voz narrativa de Aurora Rojas (y su tocaya), los dirigentes Casimiro Barrios y Ángela Muñoz Arancibia fueron, según los archivos de la memoria chilena, dirigentes reales que quedaron en el olvido popular; forman parte de los archivos, son nombres sin historia de renombre que la escritora quiere rescatar dándoles vida en estos personajes. La invisibilidad de tantos seres que fueron fundamentales en un momento de la historia chilena se vivifican aquí. Incluso una circunstancia política de mucho peso, el asesinato de un senador (Zenón Torrealba Ilabaca) a manos de un diputado (Luis Correa Ramírez) son usados como ejemplo por el personaje del dirigente Casimiro Barrios en una asamblea, para arengar a los ambulantes en la búsqueda de soluciones a los problemas personales, evitando las rencillas que conducen a finales trágicos (Eltit, 2020, p. 121). También lo es Casimiro Pedernera, un mapuche que realizó el primer piquete de la historia transcordera (Eltit, 2020, p. 132). La escritora pone en diálogo hechos de distintas épocas en boca de sus personajes, en los que se mezcla lo popular con lo erudito, al tiempo que se hermanan las circunstancias históricas pasadas con las del presente. La creación de una cadena de interrelaciones es característica de su narrativa. Del mismo modo, se adelanta a su tiempo prefigurando la explosión y represión brutal que ocurrió en las calles de Santiago en octubre de 2019, un año después de la aparición de esta novela. Bajo la consigna «Chile despertó», la ola de rebelión por las inequidades sociales se levantó contra el gobierno de Piñera.

Dentro y fuera se encuentra el peligro de la desarticulación. Desde afuera en el exacerbado control del que se sienten objeto los marchantes rodeados del mundo cibernético que registra cada uno de sus movimientos; desde el adentro, en las diferencias que el desgaste del tiempo, las luchas internas y la desesperanza ocasionan. Se reproduce así, aunque a distinta escala, lo que sucede en niveles superiores de gobernanza: la búsqueda de poder y prestigio entre los propios integrantes. La desconfianza hacia el extranjero, en esta novela el Colombiano, del que se dice que «es un infiltrado, un espía» y «no nos pertenece» (Eltit, 2020, p. 129), amplifican el temor a la delación y el espionaje. La desconfianza se agudiza a medida que pasa el tiempo y no se llega a la meta.

Los controles sociales exacerbados por el crecimiento exponencial de la tecnología redimensionan los alcances casi ilimitados del poder actual. Definiendo el panoptismo, Foucault se refiere a él como el método necesario para el disciplinamiento que se ejerce en mecanismos menudos y cotidianos sobre los cuerpos en forma de micropoderes, disimétricos e inigualitarios, que buscaban como fin esencial la coerción (2012, p. 255).

La Ángela pretende que realicemos, durante las noches insuficientes que tenemos, estudios sobre los drones transparentes que, de acuerdo a la información que nos proporciona, pasan de manera provocativa sobre cada una de las cabezas de los participantes de la marcha. Dice que los drones están conectados entre ellos mediante un enjambre inalámbrico que se despliega y se repliega a una velocidad abismal y por esa capacidad de movimiento que tienen son los instrumentos más eficientes de control y espionaje minimalista operados desde la nube abstracta que nos contiene (Eltit, 2020, p. 63).

Contrastando con esa masa humana indiferenciada para la mirada externa, la particularidad de cada historia íntima y la interacción humana, junto al sostén que supone esta inacabable convivencia entre pares, muestra una tenue esperanza de lucha posible, en la solidaridad de las comunidades más desfavorecidas.

A modo de cierre

Como se planteó al inicio de la exposición, este trabajo es una propuesta de lectura de *Sumar*, como un reflejo simbólico de la realidad en el que se subvierte el orden tradicional de la historia en un movimiento centrípeta: de los márgenes hacia el centro, desde la marginalidad al centro mismo del poder. Ya sea en las voces que se hacen audibles en los reclamos que surgen desde los sujetos de dominación hacia quienes los dominan, como en la figuración de la marcha que transita desde el afuera hacia el centro físico que simboliza el poder en el edificio gubernamental. Con un agravante, este parece difuminarse en infinidad de formas inmateriales que complejizan su localización y desarticulan la protección de la masa humana ante él.

Observamos en la novela de Eltit el significativo lugar físico que se le concede a los ambulantes. En su trabajo o en la marcha —el ámbito de transacción en un caso y de protesta en el otro— es un espacio abierto y público. Paradójicamente, la vigilancia tecnológica invisible se cuela en cada intersticio, difuminando el concepto tradicional de control para el que ya no existen los tradicionales límites físicos. Aún más, la marcha en sí misma se transforma en un «túnel carcelario» (Eltit, 2020, p. 16) que los expone al registro material e inmaterial al mismo tiempo, como lo es el «mapa digital» al que hacíamos referencia.

La escritora procede a una desafiante y lúdica semiótica que comparte, al mismo tiempo, materialidades e inmaterialidades de la palabra escrita y el mundo digital: la materialidad de la palabra en la misiva de Villarroel que graba «en piedra» y para siempre el nombre de su hija y los nombres de antiguos dirigentes sindicales en los registros de la memoria, junto al registro inmaterial/digital de los nombres actuales y los registros virtuales que estampan en imágenes cuerpos sin palabras.

Al mismo tiempo, se plantea una inamovible realidad histórica que deviene del poder regulado por el mercado y simbolizado en esa marcha innumerable que busca llegar al lugar desde el que se tejen las desigualdades. Pero esa marcha innumerable en la novela no avanza, siempre está en el mismo punto del recorrido y, al finalizar, siguen faltando los mismos kilómetros y la misma cantidad de días que al inicio.

Es la historia de una historia que se repite, que se duplica, que se refleja a sí misma: en los nombres de los que fueron y se vivifican, en los reclamos que se reproducen performáticamente en un ciclo interminable, en los cuerpos que son ausencias presentizadas en la fragilidad de la palabra y en la fortaleza de la memoria, en las modalidades proteicas que asume el poder para seguir, una y otra vez, imponiendo su voracidad.

A pesar de ello, existe una mirada esperanzada en la ilusión de una sociedad más solidaria, en los no-natos que pueblan la mente de Aurora y pugnan por salir de ella a la vez que temen el exterior. Como una constante ficcional simbólica, los hijos no nacidos de la protagonista, lo que está por nacer, ya sea que refiera a generaciones venideras o a nuevos proyectos de liberación para la humanidad, plantean una utópica resiliencia que permite seguir pensando una posible salida en el angustiante y claustrofóbico devenir de la novela. La lectura realizada por Scarabelli da cuenta de ello:

La alianza de cuerpos en la escritura, (...) la imaginación de un mundo en común suplanta la presencia del mundo-mercado, la visión poética denuncia la superficie opaca de la realidad nacional, el poder proactivo de la palabra supera la consistencia trágica de las cosas (2020, p. 280).

Más allá de las indudables virtudes que trae aparejado el desarrollo de la IA, y que de hecho ya es una realidad en el mundo de las ciencias, como todo avance de esta naturaleza trae aparejado de forma insoslayable el dilema ético. Y por este y los motivos ya expuestos, las reminiscencias del filósofo francés se hicieron inevitables en la confección de este trabajo, en «la trama infinitamente tupida de los procedimientos panópticos» cuyas disciplinas han hecho posible la creación de sistemas tecnológicos que tanto han aportado a la humanidad en un doble proceso de «desbloqueo epistemológico a partir de un afinamiento de las relaciones de poder y multiplicación de los efectos de poder gracias a la formación y acumulación de conocimientos nuevos» (Foucault, 2012, p. 258).

Coda

Con inmensa curiosidad por conocer esta herramienta que no es de uso en mi tarea investigativa, decido ingresar para conocer la forma de diálogo que es posible entablar con una inteligencia que me supera. Y este fue el resultado del ChatGPT, que debo confesar fue impactante por el acierto sin ambages que se desprende de su racionalidad, al preguntar sobre el vínculo entre la IA y los mecanismos de poder. Copio y pego:

1. Control y vigilancia: la IA se utiliza en sistemas de vigilancia masiva que pueden monitorear y analizar el comportamiento de las personas en tiempo real. Esto puede llevar a un aumento del control estatal y corporativo sobre los individuos.⁴
2. Manipulación de la información: los algoritmos de IA pueden ser utilizados para personalizar y manipular la información que las personas ven en las redes sociales y otros medios digitales, influyendo en sus opiniones y comportamientos.⁵
3. Desigualdad de poder: la implementación de la IA puede exacerbar las desigualdades existentes, ya que las grandes corporaciones y los gobiernos que tienen acceso a grandes cantidades de datos y recursos tecnológicos pueden obtener una ventaja significativa sobre los individuos y las pequeñas organizaciones.⁶
4. Automatización y empleo: la IA está transformando el mercado laboral, automatizando tareas que antes realizaban humanos. Esto puede llevar a la pérdida de empleos y a una mayor concentración de poder económico en manos de quienes controlan la tecnología.⁷

Estos vínculos subrayan la necesidad de un enfoque ético y regulado en el desarrollo y uso de la IA para asegurar que sus beneficios se distribuyan equitativamente y que no se utilice para oprimir o manipular a las personas.

¿Te gustaría profundizar en algún aspecto específico de la IA y su impacto en la sociedad?

Todo está dicho en una sola entrada de este diálogo virtual entre un ser pensante y la máquina. Solo resta aclarar que este artículo fue realizado —después de muchas horas de lectura, elaboración, pensamiento y creatividad— de la manera tradicional, en tanto que el diálogo con la IA abarcó tan solo un segundo de vida.

⁴ NetApp.

⁵ National Geographic.

⁶ ibm.

⁷ Europarl.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer. El poder soberano y la vida nuda. Vol. I*. Valencia: Pretextos.
- Amaro, L. (10 de julio de 2018). *La marcha paria*. <https://revistasantiago.cl/criticas/la-marcha-paria/>. (10/09/2023).
- Cohen, J, Blanco, J. M. (2018). *Inteligencia artificial y poder* en: <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/inteligencia-artificial-y-poder/>
- Eltit, D. (2015). *Fuerzas especiales*. Cáceres: Periférica.
- Eltit, D. (2020). *Sumar*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Foucault, M. (2012). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rànciere, J. (2009). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago: LOM.
- Scarabelli, L. (2020). Cuerpos en marcha, insumisos y resistentes. *Sumar* de Diamela Eltit. En *Escrituras plurales y lecturas migrantes* (pp. 269-281). Venecia: Edizione Ca'Foscari.
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.